

guerras, como v. g. el duque de alva en los Países Bajos. Por otra parte; no perdamos de vista que las autoridades no son respetadas cuando no tienen fuerza que las sostenga: no la tengamos para obrar; pero la necesitamos para imponer. Todas las revoluciones, dice un sabio político veneciano, tuvieron su origen en el desprecio con que se miró á los que mandaban. Para no molestar mas la atención de V. M., está reducida mi opinion á que son necesarios dos cantones á lo menos en las villas y san Luis Potosí de ocho mil hombres, que son diez y seis: cinco mil en Campeche, dos mil y quinientos en Veracruz, dos mil y quinientos en México, dos mil en las costas del sur, y otros tantos en las fronteras de oriente. En cuanto á armas, una comision militar podrá decir como ha de hacerse la distribucion de los treinta mil hombres, de manera que estén proporcionadas, para que no sea excesivo el número de infantes con respecto al de caballos, y así de las demás. En cuanto á los milicianos, su principal objeto es reemplazar el ejército: ¿á qué me he de detener en probar que este no se reemplaza bien con reclutas? pero tambien podran auxiliar en casos urgentes, y aun á las escasas guarniciones, como la de México por ejemplo, en la que solo he puesto dos mil y quinientos hombres, necesitando cuatro: la de Puebla de que no he hecho mencion, y en donde convendrian mil al menos. Vista la distribucion que doy al ejército, y demostrada la necesidad que tiene de él el imperio, ya no parecerá excesivo el número de treinta mil hombres veteranos y veinte mil milicianos provinciales que propuse: antes bien resultará que es escasísimo y no suficiente á cubrir todos los puntos principales que deben ser presidiados. Nada he dicho de Goatemala: de propósito he dejado de hablar de este reino, por llamar la atención particular de V. M. ácia este desgraciado pais, digno por su posicion, abundantes producciones, caracter de sus habitantes, buenos puertos y proporciones de una numerosa poblacion, de suerte menos ingrata. Decididas las provincias en guerra abierta unas contra otras, es el teatro de las venganzas y del horror: las autoridades desavenidas: instaladas juntas ilegales; y dando fomento al fuego de la discordia los que por su profesion solo debian inspirar paz, union y

fraternidad. En tal estado se hallan las provincias de Goatemala: el gobierno hasta ahora, solo ha usado de los remedios del dia; instrucciones, prevenciones, contemplaciones, comisiones, y el mal se aumenta, y las calamidades se propagan: hasta la expedicion al mando del señor Filisola no ha producido hasta ahora las ventajas que debian esperarse: las economías de ejército y hacienda han hecho, que los que debian ser dos mil quinientos ó mas hombres, se hayan reducido á quinientos ó seiscientos, y estos sin vestuarios y sin prest. Aun estos pocos, y en tan mal estado, habrian producido felices resultados, si nuestro sistema de lenidad no se hubiera opuesto con sus contemplaciones y paliativos. Males de esta naturaleza, no se curan sino con semblante imponente: el mundo moral es como el fisico, y la política, en esta parte, está conforme con la medicina: la política llamada tal; la ciencia que enseña á dirigir á los hombres; á hacerlos virtuosos y buenos ciudadanos; que enseña sus deberes al que manda, y sus derechos al que obedece: esta política no ese bajo manejo que hoy apellidan con nombre tan honroso, que no es mas que una grosera adulacion al pueblo, con que lo engañan y precipitan los que miran en poco las ventajas de la sociedad, con tal, que ellos puedan ser cónsules ó grandes duques, ó llegar al caso de dominar. Yo bien sé, que á estas verdades firmes, mas claras que la luz, y que todos los que las oyen se penetran de su evidencia, se les llama despotismo, servilismo. ¡Ah! No es libertad disolver la sociedad, y hacer á los hombres infelices. Tenemos, pues, á Goatemala abandonada á su mala ventura, y el grande imperio mexicano á quien se acojó, y cuya proteccion reclamó, prescinde de su carácter generoso y noble, solo con respecto á ella: cinco mil hombres bastarian para ponerla en paz, para guarnecer sus capitales, sus puertos y sus costas: de esto resultarían extraordinarias ventajas al mismo imperio; pero ¿quien se atreverá á pedirlos? Si treinta mil que indispensablemente necesita para sí, se cree una exorbitancia, ¿como pediremos cinco mil mas para un país que se mira?... ¿lo diré.... con desdén y con desprecio, cuando en nada cede á las mejores provincias del imperio? En este momento me están, los

que se llaman filántropos, calificando: ya sé lo que les estoy pareciendo; pero mi deber me obliga á prescindir de todo, y el lugar en que estoy me inspira valor y sinceridad. ¡Ejército, exclaman, ¡que desatino! Los que lo componen son los verdugos de la humanidad, asesinos pagados, opresores de la libertad, árbitros de las fortunas: las luces del siglo no consienten esta plaga; esos brazos, portadores de la muerte, se defraudan al arado y á los instrumentos, productores del alimento, de la comodidad y del placer: esos corazones endurecidos, y que solo respiran sangre y destruccion, se roban el amor de las esposas y los hijos, con perjuicio de la moral y daño de la poblacion. Cada ciudadano tomará las armas cuando la patria lo necesite, y esto basta para no temer peligros ni invaciones. ¿Quién se atreve á insultar á un pueblo libre? Y yo digo que le insulta cualquiera: y no solo le insulta; sino que le acomete, le domina y le subyuga. Obsérvese la conducta de los enemigos del ejército: rastreros, cobardes, intrigantes, incapaces de hablar sino en las tinieblas con otros como ellos, y los primeros que buzcan los subterranos cuando amenaza el peligro. ¡Patria! ¡Patria!!! los polos que te sostienen son leyes y soldados: uno de los dos que falte, te precipitas al abismo, y dejas de ser. La muerte es repugnante á la naturaleza: no la arrostra, sino el que está estimulado por pasiones mas fuertes que el temor que ella causa; y estas no las tiene mas que el soldado: no es verdugo, no es asesino: es el escudo del pueblo: el que castiga al malvado; el que extermina al enemigo del estado; el que contiene al vicioso; el que conserva el orden; el brazo derecho de la patria; y al que ésta debe tratar como á las niñas de sus ojos. Sin ejército, no hay, ni puede haber libertad, existencia, ni propiedad; todo está expuesto, y antes ó despues, todo se pierde. Los brazos que se creen defraudados á la agricultura y las artes, son precisamente, los que conservan uno y otros. El hombre que no está acostumbrado á las privaciones y trabajo de la campaña; que no lo está al estallido del cañon; á los peligros de la guerra; que está amartelado con su muger y con sus hijos, cuando llega el peligro tiembla. Se le presentan todos los objetos de su ternura, y prefiere la esclavitud á

abandonarlos. El ejército no ofrece mas que un inconveniente que le puede hacer sospechoso, la indisciplina; pero esto no es falta de la institucion; lo es de los poderes: haya ordenanza: obliguese al gobierno á que las haga llevar á efecto: haya vigor, energia, actividad y exactitud por parte de los que mandan, y el ejército será lo que debe ser, y no lo que calumniosamente se le imputa.“

El sr. *Portugal*: „Señor:—El asunto que ocupa la atencion de V. M. es quizá el de mayor gravedad que hasta hoy se ha sujetado á su soberana deliberacion, y de tanta delicadeza, que de su resolucion depende no menos que la seguridad y estabilidad de nuestra independencia y actual posicion, ó la mas espantosa retrogradacion al vergonzoso y opresor yugo español: es, pues, necesario que V. M., conduciéndose con la circunspeccion y detenida madurez que exige negocio de tal tamaño, oiga y medite, no solo cuantos discursos llamen la atencion de V. M., sino que los analize, principalmente los que alejen de V. M. todo terror, y le presenten nuestra actual situacion bajo un risueño aspecto: de esta naturaleza es el voto que ha oido V. M. del regente Yañez: en todo él no se descubre sino una seguridad, que ojalá tuvieramos, de que no hay enemigos que temer, pues que el único seria España, que ni puede ni quiere hacernos la guerra; que no hay enemigos interiores que puedan alarmarnos; que los Estados Unidos, con solo diez mil hombres sostienen su libertad; que con quince ó veinte mil podremos sostener la nuestra; que ninguna potencia nos perturbará; y que no hay por último necesidad de sostener un pie de ejército de treinta y cinco mil hombres que calculó la junta de generales y oficiales de la plana mayor con conocimiento de los puntos que hay que poner á cubierto de una invasion exterior, y de las plazas que hay que guarnecer para mantener el orden, é impedir movimientos é intentonas, que ha visto ya V. M., aunque ridiculos é infructuosos.—Señor: yo no descanzo á la verdad en la profecía política del regente Yañez: veo por todas partes, que no solo no está por demás cualquiera medida de seguridad y defensa, sino que es de absoluta necesidad, á pesar de lo exhausto de nuestro erario,

y de sacrificios grandes, si es que queremos conservar nuestra libertad; este precioso é imprescriptible derecho que nos concedió la naturaleza, pero que ha sido preciso arrancar de injustas y opresoras manos: ni puedo persuadirme que haya en V. M. una confianza igual á la del regente Yañez; pues no puede ocultarse á su alta penetracion que España no perderá la ocasion que se le presente de arrancarnos la libertad que comenzamos ahora á disfrutar á costa de increíbles sacrificios, con la halagüeña perspectiva de una ganancia, despues de los mas grandes é injustos esfuerzos que hizo para negarnos el derecho de igualdad efectiva, con riesgo cierto de perder; y mas cuando los movimientos de los capitulados, la terquedad del impotente Dávila, y los papeles públicos de la misma España aseguran tanto á V. M. de sus miras hostiles ácia nosotros, y de que no carecen de recursos, aun dentro de nuestro mismo suelo, al menos para perturbar nuestra tranquilidad, y que no perderá coyuntura, ni perdonará sacrificio para atraer á su partido potencias que no reconocen aún nuestra independencia. Tampoco creo que V. M. halle justo el paralelo entre los Estados Unidos y nosotros; pues que aquellos forman una potencia reconocida ya por todas las demas; no conoce un solo enemigo interior que pueda perturbar el orden, ni uno exterior que la amague, y mantienen sin embargo un pié de ejército no de diez mil hombres, como dice el regente Yañez, sino de quince mil, descansando á mas en la uniformidad de sentimientos, y en la pericia militar de sus ciudadanos; en tanto que nosotros ni estamos aun reconocidos por potencia alguna, ni exentos de enemigos interiores que nos amaguen, ni contamos con la uniformidad absoluta de sentimientos, ni con muchos brazos militares, fuera del ejército permanente. Ni por último, puedo llegar á entender que V. M. lleve á bien fiar su seguridad y la de los pueblos todos que descansan en su prudencia, en un pié de ejército tan pequeño, como quiere el regente Yañez, que no baste á imponer á nuestros enemigos en caso de sorpresa exterior, ó movimientos interiores. Por esto, señor, insisto en pedir á V. M. sea esta deliberacion tan detenida, quanto es delicada, y resuelva por último de un modo que no se aventure en manera alguna nuestra libertad, y la seguridad de V. M.

mente con las armas. ¿Y por qué? Porque así se haya hoy  
 229  
 El Sr. *Bocanegra*: «Cuando ha oído V. M. de los señores que me han precedido en la palabra elegantes y floridos discursos, me abstendría de hablar si el punto en discusion lo considerara aislado y sin influjo en lo futuro; mas como vivo en la creencia de que envuelve la mayor importancia, voy á presentar unas ligeras reflexiones que me ocurren en materia tan grave y delicada. No es, Señor, el asunto que se versa de la naturaleza de aquellos que deben fiarse á la especulativa de una imaginacion fecunda y pintoresca, propia de un poeta, ni tal, que sea bastante para definirse el traer á paralelo ejemplos y lugares de la historia, amena en sucesos, segun se buzquen y pretendan: no, repito; no es de este género el determinar hoy la fuerza de ejército permanente que debe decretarse por V. M.: aquello es fácil, y esto será á todas luces delicado. Somos independientes decimos, y lo probamos apelando á nuestra misma situacion que lo demuestra; pero ¿qué somos independientes de tal modo, que podamos asegurar se halla consolidada, firme é indefectible nuestra independencia? Ojalá, Señor, y así fuera; pero yo entiendo, que mientras no sea reconocida plenamente la nacion mexicana por las extrangeras, no podemos contar con aquella satisfaccion y confianza, que en tal caso, inducirá el derecho observado entre las naciones. Que diferente será entonces el cuadro, al que aparece á nuestra vista en este dia! Nadie dudará lanzar el voto afirmativo para disminucion del ejército, y todos diremos: «vayan enhorabuena, y premiados, al dulce reposo de sus familias y hogares, los valientes y esforzados campeones, que con su brazo, y por sus fatigas, supieron plantar al fin entre nosotros la apetecida libertad, comprada á tanto costo.» Se ha dicho que la filantropía de España y de otras naciones, nunca permitirá se nos inquiete; yo respeto la opinion, mas nunca convendré en ella. España siempre se ha proclamado, y especialmente desde que se rije por constitucion, libre, benéfica y filantrópica: lo habrá acaso sido en aquellas provincias de ultramar; pero ciertamente para la América nunca ha habido libertad, sino en las voces y en la fantasia de algunos: cuando allá se habla y se agita sobre los derechos del hombre, se nos excluye de esta especie y se  
 N. 16. 29

nos vuelve siempre la ley por lo angosto: son mas que liberales en España; pero serviles servilísimos para América: ¿qué otra cosa quiere decir aquella escandalosa sentencia de un diputado liberal, cuando dijo que las glorias de Cortés las habia eclipsado O-Donojú? Convengámos en que puede inquietarnos España, y que para esto se conserva ese castillo de s. Juan de Ulúa, se dan grados, se remiten pertrechos, y seguramente se darán órdenes tambien dirigidas á manejar las arterías, ya que no se pueda las armas, siguiendo aquel principio maquiabélico de que la guerra, no solo se hace peleando en el campo, sino dividiendo en lo interior de los pueblos, y aun de las familias. De las demas naciones, lo que sé es, que en sus presupuestos de inversion al gobierno, se le pasan sumas cuantiosas para gastos ocultos y reservados, que convienen los políticos no son otros, que poner emisarios en todas partes para obrar á su modo, y con su política peculiar: ¿y podrá alguno convencer que aquí no se maneja este timon, y que todos están de expectadores en busca del resultado, ó del mejor partido? Así que, me parece, Señor, que lo conveniente será prepararnos á la guerra, conservándonos en aptitud de ella, si queremos seguir aquella observada máxima que aconseja disponerse en la paz para la guerra, y conservar aquella con la preparacion de esta. Yo bien se, que la fuerza armada es vista con desconfianza y poco afecto por los celosos de la libertad; pero tambien sé que es un mal como los humores en el hombre, y por lo mismo, hablando al intento un respetable autor, asienta: que supuesto que todas las naciones permanecen armadas, se hace preciso armar aun á la mas filantrópica para que no sea la befa de sus semejantes, y dice, bueno seria no ver ejércitos; mas como todos tienen fuerza, es de la fuerza el crearlos y conservarlos. Esto supuesto, como verdad incontestable, ¿qué hará la nacion mexicana cuando vé armadas las demas? ¿Se entregará al placer de libre, sin evitar, y sin preveer su ruina? Sin duda, pues, confesará cualquiera, que de necesidad debémos conservar un ejército respetable para que lo sea la nacion; pues será un sueño figurarse que temblarán las potencias extráangeras al oír que somos libres, independientes, sin mas razon: no Señor, es necesario mas, y este mas puntual-

mente son las armas. ¿Y por qué? Porque asi se haya hoy constituido el mundo, y para lo contrario será preciso que vuelva la vida patriarcal y el estado de inocencia. No se diga que nuestras mortíferas costas nos defienden: que las distancias nos favorecen, y que por naturaleza estamos libres de agresiones; pues lo contrario enseña la desengañadora experiencia: ¿cuantas expediciones armadas no han invadido este mismo suelo? Baste por ejemplo la del general Mina, que venció cuantas dificultades se preconizan, y en en brevísimos dias lo vimos colocado en el Bajío y centro del imperio. Si se me dice tuvo auxilios, ¿quien asegura que hoy no lo tendrían los invasores, por voluntad ó por fuerza? Sentado lo indispensable de un ejército permanente, solo resta hablar del número que deba componerlo, con lo mas concerniente á su órden y economía. En este punto, creo yo por mi voto particular, que acertarémos, si obrámos consecuentes con lo que juzga el gobierno, cuando asienta el número y clase de ejército que se necesita. Si Señor: creamos al gobierno por su misma representacion, atribuciones y ejercicio: creamos al gobierno, porque para fijar el número de tropas, ha oido en junta de guerra á los generales y gefes del imperio; y creamos al gobierno por las razones en que se funda, pidiendo en clase de por ahora el ejército que señala, marcando los puntos que piden de necesidad ser guarnecidos. Por tanto, Señor: opinando yo por la fuerza militar que informa la regencia, y deseando se esclarezca mas el punto, concluyo pidiendo que antes de retirarse el sr. ministro de relaciones, exponga lo que supiere acerca de las miras hostiles sobre la nacion por parte de las extráangeras, y especialmente de España.

El sr. Valdés: "Señor: Me parece haber oido en la comunicacion del gobierno, que se acaba de leer, que en Jamaica se hayan tropas inglesas, acaso con objeto de auxiliar los intereses de España contra nuestra independencia. Nadie ignora, Señor, que la independencia ha progresado en riqueza y esplendor, á causa de sus instituciones liberales. Aquel parlamento ha sido tribuna que ha ilustrado á la europa, enseñándole la especie de derecho público, que es la base de los sistemas constitucionales que han adoptado sucesivamente todos los pueblos civilizados; y el ga-